

# Semblanza de las sierras de Cazorla y Segura

*Luis Alejos*

*Emerge una cumbre de excepcional belleza: es Cabañas (2.028), cúspide de la Sierra del Pozo.*



**Premio finalista del concurso de artículos Pyrenaica 1984 «por recrear con una completa documentación una zona hermosa, poco frecuentada, que permite incluso una atractiva variedad de excursionismo de vacaciones familiares».**

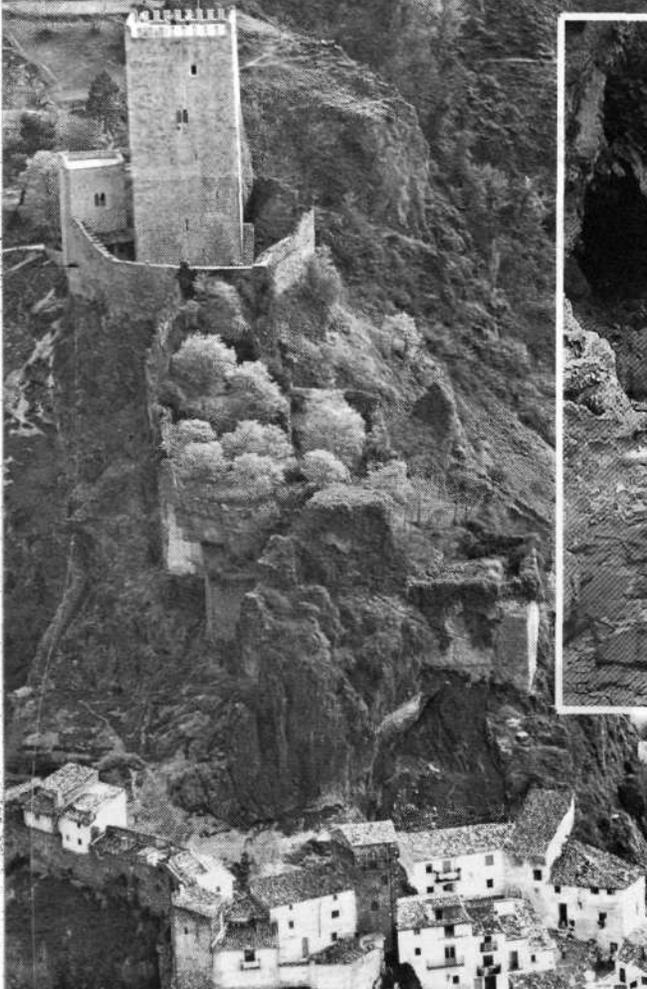
Vamos a hablar de un núcleo montañoso enclavado en la Cordillera Subbética, al SE. de la Península Ibérica. Es conocido como Sierras de Cazorla y Segura, aunque su compleja estructura orográfica comprende una lista de cordales mucho más amplia. La línea de sus cumbres discurre, con leve deriva, de Norte a Sur. El zócalo del macizo se eleva mil metros sobre el horizonte. El roquedo está formado por materiales calizos. Sus laderas están pobladas por una tupida masa forestal. Allí nacen dos ríos, Guadalquivir y Segura, que hacen historia, y en su plácido fluir hacia mares diferentes, alivian la sed de las calcinadas tierras meridionales.

Las Sierras de Cazorla y Segura brindan un espacio idóneo para desarrollar aquellas actividades que precisen un marco natural. Numerosas cotas, abruptos murallones, laberintos cársticos, cubren diversas facetas del montañismo. La singular flora constituye un valioso laboratorio botánico; allí encuentra además refugio una selecta fauna:

ciervo, jabalí, gamo, muflón, cabra montés... Son tantos los alicientes de este parque natural, que se ha convertido en un área de esparcimiento primordial para los núcleos urbanos situados en el cuadrante suroccidental de la Península. Queda lejos de Euskadi, pero allá vamos, con un programa que compagina ascensiones, seguimiento de cursos fluviales, visita a las poblaciones y, cómo no, prácticas de caza mayor... con cámara fotográfica.

## Primera jornada

Nuestra excursión coincide con el estallido de la primavera. Hemos puesto proa al sur de madrugada; cuando el sol se asoma, estamos cruzando el castellano mar del pan, al vaivén de las espigas de verde cereal. El mayor escollo de esta singladura que rasga en dos la piel de toro son los acantilados de cemento madrileños. Nada más atravesar-



**El tiempo es una medida imprecisa de cascadas, pasos angostos, pozos...**

**Castillo de la Yedra, enhiesto torreón que vigila el paso del tiempo, adosado a un contrafuerte de la sierra.**

los, desembocamos en el apacible mar del vino manchego. Pronto aparecen las suaves lomas de la Sierra Morena y cruzamos el legendario desfiladero de Despeñaperros. En La Carolina, costa del mar del aceite, nos vamos por los cerros de Ubeda, cubiertos de olivos en simétrica formación.

En estas tierras andaluzas de Jaén recordamos los emotivos versos de Miguel Hernández. Rojas amapolas, entremezcladas con florecillas amarillas y moradas, combinan los colores por los que murió el poeta. Desde la monumental Baeza nos guía ya la nítida silueta de las sierras que andamos buscando. En la vega topamos por primera vez con el célebre Guadalquivir; al pasar por el tamiz del embalse del Puente de la Cerrada queda convertido en efímero arroyo. En Piel de Becerro hemos de elegir itinerario; la generalidad de los visitantes suben a la sierra desde Cazorla; nosotros tenemos intención de avanzar de Sur a Norte, por lo que nos dirigimos a Quesada, pueblo montaraz que, cual blanca paloma, se posa sobre una loma.

De allí ascendemos al Puerto de Tiscar bordeando atrevidos riscos. En lo alto (1.183), hay una generosa fuente. No es lugar de acampada, pero puede cumplir ese menester si el día se queda corto o el cansancio nos pone telarañas en los ojos. Queda cerca el Royal (1.835), formando una cresta que avanza en suave declive hacia las fuentes del Guadalquivir. Como el cuerpo sigue aguantando, bajamos al Santuario de

Tiscar, situado en una angostura. Su principal atractivo es la inesperada aparición de (redundancia inevitable) la nevada sierra de Sierra Nevada. Grabados en la roca aparecen unos versos de Machado, poeta viajero: *«En la Sierra de Quesada; hay un águila gigante; verdosa, negra y dorada...»* Sobre un formidable espolón, reto a la ley de la gravedad, destacan las ruinas de un torreón, romántica prisión de leyenda medieval.

Junto al santuario, en el barranco tallado por el Torrente de Tiscar, que va en busca del Guadiana Menor, existe una grandiosa bóveda: es la Cueva del Agua. Proseguimos por una tortuosa carretera que va bordeando la ladera Sur del macizo para dirigirse a Pozo Alcón. En cada recodo se despeña un arroyo; pronto brotan los pinos que durante varias jornadas van a formar parte de nuestro paisaje cotidiano. Prestemos atención: surge la pista que nos conducirá al corazón de la sierra. En seguida aparece el control de Las Chozuelas, donde el guarda forestal anota nuestra entrada.

La pendiente es suave y se rueda bien sobre firme macadam; pero... ¡qué irracionalidad supone circular por la montaña en coche! Es un tributo a la carencia de tiempo; nos roba el deleite de caminar a la sombra de los soberbios pinos laricios, contemplando las esculturales fantasías esculpidas en el compacto roquedo. Enmarcados en la ventanilla van apareciendo idílicos rincones que se esfuman con la rapidez de una estrella fugaz. Cuando alcanzamos una exten-

sión tapizada de hierba y sombreada por frondosos pinos, interrumpimos la marcha. Estamos en el Puerto Llano (1.800); hemos recorrido 17 km. de pista ganando 800 m. de altitud. Al E., sobre el cordal que venimos siguiendo, emerge una cumbre de excepcional belleza: es Cabañas (2.028), cúspide de la Sierra del Pozo. Nos separan de la cima 200 m. de desnivel, y aunque el sol está de capa caída, una breve ascensión va bien como ejercicio después de tan largo viaje. En una hora se puede subir y bajar, aunque el plan ideal sería dormir arriba.

Una senda amplia parte del puerto en busca del declive meridional del cresterío. Discurre entre pinos de alta copa que permiten vislumbrar retazos de la Sierra Nevada. Al pie de la muralla el camino gana altura en breve zigzag, y al trasponer la cresta torna al N., remontando una suave loma entre pinos chaparros que aferran sus raíces a las rocas. La cumbre queda cerca, sobre su peña más alta brilla una cabaña encalada. Al SE. aparece el Embalse de la Bolera; sus tentáculos de agua clara inundan las barrancadas de la Sierra.

El recorrido es tan corto que se llega sin quererlo; no obstante el entorno posee encantos que llevaría horas admirar. Dentro de la cabaña hay tarima y chimenea. ¿Quién se anima a pasar aquí la noche, oyendo gemir al viento al amor de la lumbre, viendo cómo el sol se va y cómo se viene la luna? En dirección NNO. destaca el Gilillo. Entremedio, en una profunda garganta, fluye el Guadalquivir. Hacia el NNE. se levantan numerosos cordales; son perceptibles porque tienen lunares de nieve las cotas más significativas: Empanada, Tornajuelos y La Sagra.

Para descender utilizamos una ruta distinta, aún más breve y directa. Junto a la cima, un túnel natural permite atravesar la muralla rocosa; regresamos por una empinada senda que serpentea entre los corpulentos árboles. Ya apuntan en el cielo las primeras estrellas y el cuerpo reclama descanso. El Puerto Llano sería un fastuoso lugar de acampada, pero afortunadamente no está permitido, de modo que proseguimos la marcha en coche. En seguida comienza un fuerte descenso y observamos columnas de humo que se elevan del bosque; luego sentimos fuerte algarabía y hasta percibimos el tufillo de la pitanza...

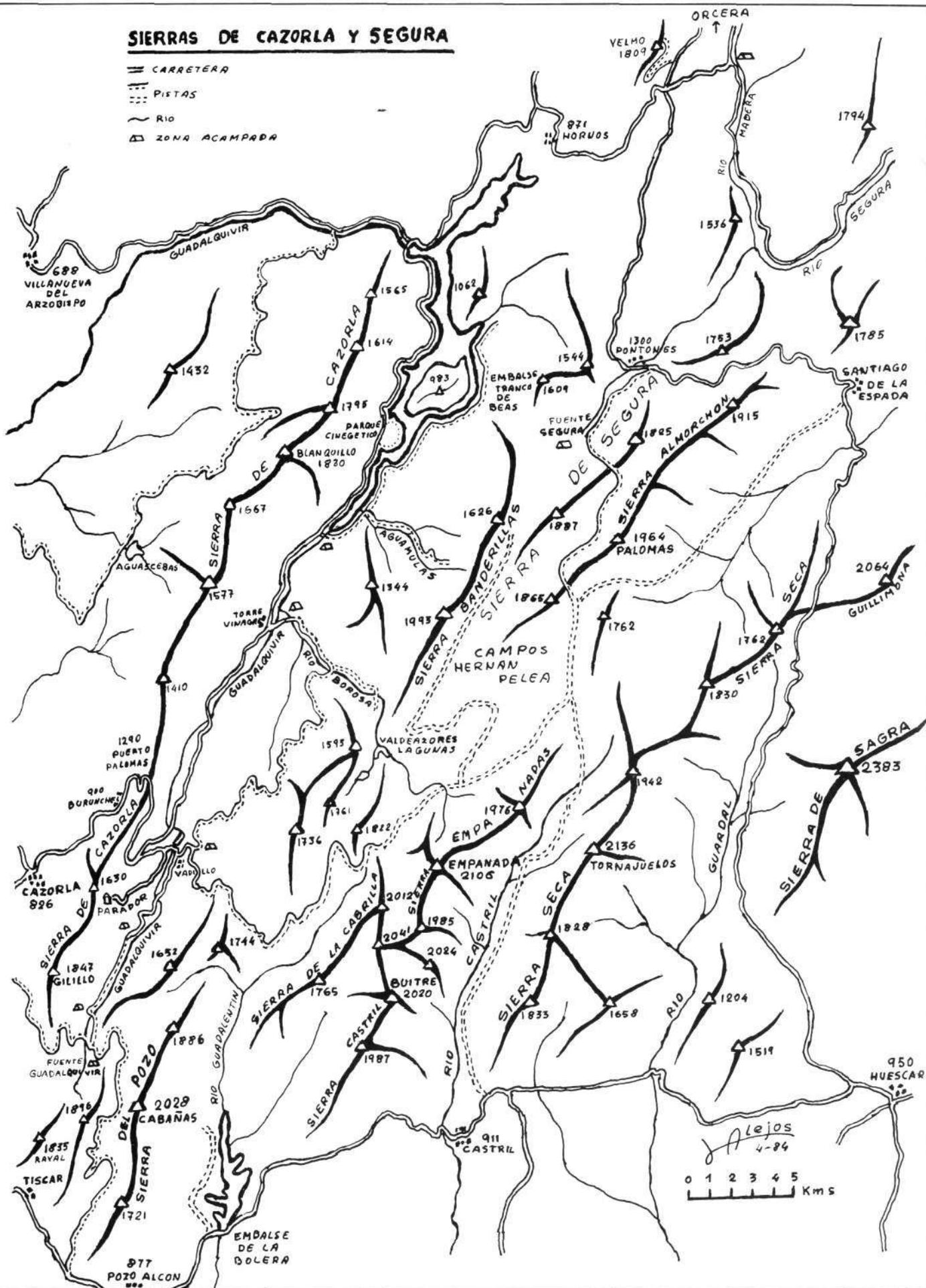
Estamos en la Cañada de las Fuentes (1.350), excelente lugar de acampada donde confluyen varios torrentes. Desde la base del Cabañas son 8 km. de pista. Este campamento, como el resto de los existentes en el parque, dispone de los servicios indispensables y su precio es por demás popular; gratuito.

## Segunda jornada

Según su partida de nacimiento, el Guadalquivir brota a cinco minutos de aquí; lo

# SIERRAS DE CAZORLA Y SEGURA

- == CARRETERA
- - - PISTAS
- ~ RÍO
- ▲ ZONA ACAMPADA





real es que viene de una vaguada próxima a Cabañas. La gente se arremolina junto a una placa que da testimonio del parto. Los versos de Machado son mucho más bellos que este irrelevante paraje: *«Te vi en Cazorla nacer ; hoy en Sanlúcar morir. ; Un borbollón de agua clara ; debajo de un pino verde ; eras tú. ¡Qué bien sonabas!»*

Pista adelante alcanzamos la bifurcación que conduce a Quesada, pasando junto a la pintoresca Cascada de El Chorro. Nosotros sólo vamos a seguir unos 3 km. hasta el Puerto Lorente (1.400), punto de arranque idóneo para ascender al Gilillo (1.847) por su cresta S. Alcanzar esta cumbre, punto culminante de lo que en sentido estricto es la Sierra de Cazorla, requiere caminar cosa de una hora entre pinos y peñas. Bajo esta atalaya, la más occidental del macizo, aparecen los cerros cubiertos de olivos y entre ellos florecen blancos pueblillos.

Retornando de nuevo a la pista que acompaña al joven Guadalquivir, encontramos otro lugar de acampada: Los Rasos. También de aquí se puede subir al Gilillo. Y al cabo de un rato aparece un campamento más. Estamos en el Puente de las Herrerías, a 11 km. de la Cañada de las Fuentes. Tras recorrer alrededor de 36 km. por pista de macadam, el firme vuelve a estar asfaltado. A 3 km. está Vadillo; es un poblado cuyas calles llevan nombre de montes. Hay dos bares que cumplen función de avitualla-

miento. Antes de llegar, pasamos junto a un diminuto embalse: la Cerrada de Utrero. Situado en una estrecha garganta, propicia un paseo breve y relajante que culmina con el soberbio Salto de Linarejos.

Tenemos aún la tarde por delante. La ascensión del Gilillo no ha sido penosa, así que vamos a completarla con otra en el extremo opuesto del mismo cordal. Partiremos del Parador del Adelantado, que está a 4 km. de Vadillo y sus 1.400 m. de altitud facilitan el acceso a las cumbres. Nos internamos en el pinar por una pista que va en busca del lomo de la sierra. Al apartarnos del asfalto aparecen indicios (huellas, excrementos, piñas rumiadas...) de que por allí circulan animales en libertad. Efectivamente, tras los troncos de los pinos nos observan tímidos cervatillos; las ramas se mecen al ser utilizadas como trampolín por las inquietas ardillas.

Una vez en la cresta nos dirigimos al Cerro de la Laguna (1.630); ofrece una extensa panorámica de la depresión por donde discurre el Guadalquivir camino del Embalse del Tranco. De regreso hay que decidir dónde pernoctar. El campamento más próximo es Linarejos, a unos 3 km. de Vadillo por la carretera que se eleva hacia la Nava de Pedro. Se encuentra en una cañada regada por el arroyo que más abajo forma la Cascada de Linarejos. Una vez instalados si aún quedan ganas de caminar, podemos su-

bir a ver la puesta de sol desde el Picón del Haza (1.450). Es un torreón soberbio e inconfundible. Es posible aproximarse en coche por la pista que va al encuentro del río Borosa, pasando junto al Calarilla (1.736).

### Tercera jornada

Hoy nos vamos a dirigir al extremo oriental del parque para alcanzar su cota más elevada. La distancia es considerable, conviene utilizar coche. Continuamos subiendo por la carretera; a un par de kilómetros está el control y comienza la pista que rápidamente nos eleva a la Nava del Espino (1.600) y luego desciende, pasando por apacibles parajes, a la fecunda Nava de Pedro, que dista 7 km. del control. Poco después se deja a la derecha una primorosa vega por donde se puede bajar en cómoda marcha al Embalse de la Bolera.

La pista traía dirección SE, y ahora enfila al NNE., emprendiendo un raudo ascenso entre riscos airosos. Llega luego un tramo llano y, en seguida, cerca del mojón que marca el Km. 33, aparece la pista que va a las Lagunas de Valdeazores (de ellas hablaremos más adelante). Seguimos por la curva de nivel de los 1.600 m. que va rodeando el barranco donde nace el Guadalentín. Enfrente tenemos la abrupta ladera O. de la Sierra de la Cabrilla (2.012). Al rato se al-



**Tenemos ante nosotros la Sierra de Empanadas; es una loma pelada de grandes proporciones.**

**En dirección NNE destaca el Gilillo. Entremedio, en una profunda garganta, fluye el Guadalquivir.**

canza un collado, avistando las praderas de la Nava de Paulo. Estamos en el mojón 37 y hemos recorrido 20 km. de pista. Este es el lugar previsto para ascender al Empanada.

La cumbre queda al E., tras la muralla caliza que nos cierra el paso; vamos a superarla. Medio trepando ganamos altura con facilidad. Lo nuestro es ir siempre hacia el E., encarándonos con las calizas hasta coronar una primera cota (1.919), de la cual pasamos cresteando al Navalasno (1.962), la cima más prominente del cordal. Tenemos ante nosotros la Sierra de Empanadas; es una loma pelada de grandes proporciones. Únicamente resulta atractiva por las perspectivas de su notable altitud. Más bello es este roquedo a donde hemos subido por puro capricho.

Para continuar avanzando es preciso descender a una cubeta herbosa donde pacen varios ciervos. Luego continuamos por una rambla que de inmediato nos sitúa al pie de la cumbre, efectuando el ascenso definitivo por una torrentera que permite eludir los matorrales. A media ladera desaparece todo vestigio de vegetación, alcanzando el resalte de la cima por terreno pedregoso. En hora y media que ha durado la ascensión, hemos pasado paulatinamente de las verdes praderas a un paisaje tremendamente árido. Un nevero próximo mitiga la monotonía del entorno.

El pico de la Empanada (2.106) constituye el vértice del parque natural. Situado en el límite oriental del macizo, a caballo entre Granada y Jaén, representa un punto de transición entre la inmensa masa forestal que cubre el horizonte por occidente y la sucesión de tierras desoladas que al E. presagian los desiertos de Murcia y Almería. En esa dirección, hacia Levante, destaca la denominada, con rigor, Sierra Seca, cuyo punto culminante es Tornajuelos (2.136). De ella nos separa una profunda depresión (son 1.000 m. de desnivel), donde nace el río Castril. Las barrancadas de una y otra ladera están sedientas; qué paradoja, por ahí sólo corre el agua en turbulentas avenidas. Por encima de la Sierra Seca asoma la mole calva de La Sagra (2.383), la cota más elevada de un amplio complejo orográfico.

Al N. destaca la alta estepa que enlaza con la Sierra de Segura; son los Campos de Hernán Pelea. Con vehículo todo terreno, o mediante una larga travesía, es factible cruzar el altiplano y alcanzar las Fuentes del Segura atravesando la Sierra de Almorchón. El descenso lo vamos a efectuar por el N., bajando la Rambla del Arroyo del Infierno para acercarnos a las frescas y apacibles praderas de la Nava de Paulo. Ahí es fácil sorprender animales pastando, sobre todo al alba y el crepúsculo.

No obstante, regresaremos temprano, dedicando la tarde a conocer el pueblo de Ca-

zorla. Está a 21 km. de Vadillo. En el Puerto de las Palomas (1.290) haremos un alto para contemplar en la lejanía el Salto de Linares bajo el presuntuoso Picón del Haza. Los lazos de la carretera se desenredan al llegar a Burunchel (900); allí está el control principal del parque. Acto seguido desembocamos en La Ruela, pequeña aldea enclavada al pie de un peñón sobre el cual perduran las ruinas de una fortaleza. Dejamos la ruta principal y nos dirigimos hacia la ermita de la Virgen de la Cabeza, obteniendo así un enfoque inusual de Cazorra (826).

Vamos a hacer turismo con perspectiva montañera. La carreterucha que hemos tomado está tallada en la muralla; cuenta con miradores, semejando almenas, desde donde la vista planea sobre los tejados escalonados y va a posarse en el Castillo de la Yedra, inhiesto torreón que vigila el paso del tiempo adosado a un contrafuerte de la sierra. Bajemos a Cazorra y perdámonos por las blancas callejas que las sombras tiñen de claroscuros. Las casas trepan hacia lo alto emulando a la montaña. Abundan las fuentes donde aplacar la sed que provoca ese pozo de luz que es la plaza de la villa...

De vuelta a la sierra tomamos la ruta del Tranco. Es una excelente carretera que discurre a orillas del Guadalquivir. Entre los pinares se entremezclan los cultivos de varias cortijadas. Llegamos así al complejo Torre de la Vinagre; en él se ubican dos museos: uno dedicado a la caza; no nos seduce el arte de matar. En el otro, la visita es obligada; constituye una valiosa guía para situarse en el parque natural; orografía, flora, fauna... Si ya está cerrado, volveremos mañana... de todos modos, pasaremos la noche en los alrededores.

La zona de acampada está a un paso, a orillas del Guadalquivir. Una vez instalados, podemos dar un paseo hasta la piscifactoría, para conocer el proceso de cría de la trucha.

## Cuarta jornada

Quien desee empezar el día con una ascensión, ahí tiene el Blanquillo (1.830); es la cota principal del tramo NE. de la Sierra de Cazorra. El lugar de acceso más directo es la cola del Embalse. Aunque son 1.000 m. de desnivel, el esfuerzo vale la pena, por tratarse del mirador que mejor domina el Tranco. La actividad esencial de la jornada va a consistir en remontar el curso del Borosa. Para ello volvemos hacia la piscifactoría y nada más cruzar el río nos detenemos junto al Charco de la Cuna para ver cómo superan las truchas, a brincos y contra corriente, el salto de agua. Luego proseguimos adelante hasta que, a un par de kilómetros, la pista vuelve a cruzar el río para dirigirse en sinuo-

so ascendió a un lugar que ya conocemos: Linarejos.

El Borosa continúa hacia el ESE, y nosotros con él. El tramo que acabamos de recorrer no carece de atractivos, mas los encantos aumentan a medida que se avanza, de modo que dejaremos el coche en este cruce, pese a que la pista siga siendo practicable otros 5 km. En esta excursión no cuenta el reloj, lo que prima es el detalle: una libélula sobrevuela las aguas bravas, el cervatillo se mira en el espejo plateado de la superficie, truchas bañándose en un remanso... El tiempo es una medida imprecisa de cascadas, pasos angostos, pozos, que van quedando atrás. La pista concluye junto a las casuchas y la Central Eléctrica de Aguas Negras.

Prosiguiendo por la senda que se eleva al borde de una agreste muralla, observamos que el torrente ha sufrido una considerable merma de caudal; la central, que parece estar inactiva, le ha robado el agua, originando un gran daño ecológico y estético. Al quedar constreñido el cauce original, diríase que el río ha sufrido una profunda metamorfosis. En las orillas abundan los sedimentos, el lecho está formado por materiales muy porosos. Su estructura parece el caparazón de un crustáceo gigante. Los componentes calcáreos forman caprichosas oquedades, con soberbias columnas y techos de filigrana.

Los parajes que nos rodean semejan escenarios de cartón piedra, en vez de naturaleza viva. De pronto, los imponentes riscos que se elevan por doquier y el murallón que venimos bordeando, nos cierran el paso. El torrente lo tiene fácil: da un acrobático salto

desde lo alto de la peña, zambulléndose en un estanque. Observando la pared distinguimos unas cavidades que no parecen naturales; la senda, en lugar de amedrentarse frente al inexpugnable acantilado, sube a su encuentro. Entonces comprendemos: un túnel atraviesa la mole rocosa.

Efectivamente, la conducción de aguas que alimenta la central, discurre por un canal horadado en la montaña. Nos sumergimos sin titubear en la fresca penumbra. Al otro lado corren paralelos torrente y canal, pero un nuevo túnel los separa. Siguiendo su ribera oriental, pronto alcanzamos el nacimiento de Aguas Negras, situado en la desembocadura del Arroyo del Infierno, que prolonga su curso seco hasta las estribaciones del Pico Empanada. Desde aquí se puede recorrer el cordal de Banderillas, que se aleja hacia el NNE., aunque su cota principal (1.993) queda un tanto distante. De vuelta cruzamos la presa y, por la orilla opuesta, nos dirigimos a la laguna superior, abandonando allí el camino que conduce a la pista de la Nava de Paulo.

Una vez de regreso en la Torre de la Vinagre, proseguimos la ruta del Tranco. Al rato llegamos a una especie de península, recinto donde se mueven libremente las especies más significativas del parque natural. Cerca está la diminuta Isla de Bujaraiza, que mantiene a flote las ruinas de un castillo.

Carretera adelante alcanzamos el impresionante muro de contención del Tranco de Beas, despidiéndonos definitivamente del Guadalquivir. Siempre bordeando el pantano llegamos a Hornos.

Vamos subiendo hasta superar los 1.400 m. de altitud. Cerca de la soberbia mole del

Yelmo (1.809), deberemos elegir entre ir a dormir a la zona de acampada de Río Madeira o continuar aproximándonos al objetivo inmediato: las fuentes del Segura.

## Quinta y última jornada

Rodando en dirección S. por una extensa loma, topamos con el Segura, a la entrada de Pontones. Dejamos la carretera que prosigue hacia Santiago de la Espada y tomando una pista bordeada de chopos nos situamos encima de la vega que baja el río. A unos 5 km. encontramos un pozo de grandes dimensiones, como un volcán que en vez de lava expulsa agua a borbotones. El Segura no tiene infancia, nace ya río; tampoco necesita recorrer muchos kilómetros para verse mancillado: en ese cráter de agua pura anidan ya los residuos inmundos de la civilización.

Tenemos también programada una ascensión en la Sierra de Almorchón, de modo que proseguimos adelante, siguiendo la vaguada que separa al Mariasnal (1.825) de otros cerros próximos. Al cabo de 3 km. desembocamos en la Cañada Cruz (1.600). La pista sigue siendo practicable para vehículos, pero conviene estirar las piernas. Al S. destaca la cumbre principal.

Contando con esa referencia visual, vamos a remontar la ladera campo a través. Se trata de una cresta amplia, no muy empinada. El suelo está cubierto de hierba y matorrales. Un elevado mojón de piedras nos advierte, sin llevar una hora de marcha, que estamos en la cima del Palomas (1.964). Nos encontramos en plena Sierra de Segura. Dirigiendo la vista al S. el paisaje es similar al que se divisa al N. de Empanadas. Entre ambas cimas se extienden 15 km. de estepa. Al SE. vuelve a aparecer la testa pedrada de La Sagra. Al SO. tenemos la Cordillera de Banderillas; por el NO. se atisba la depresión del Embalse del Tranco. Mirando hacia el N. el oleaje de cumbres tiende a amainar; únicamente destaca el Yelmo.

Por la ladera O. de Palomas discurre la pista que cruza los Campos de Hernán Pelea, camino de la Nava de Paulo y Vadillo. Vamos a regresar por ella, descendiendo recto hacia un cortijo que inunda el espacio de potentes mugidos. Volvemos a pasar junto al manantial del Segura. Dejamos atrás Pontones; otra vez nos aproximamos al Yelmo. Sería estupendo subir arriba a lanzar un irríntzi de emocionada despedida.

Mientras abandonamos definitivamente el parque natural de las Sierras de Cazorla y Segura, vamos atravesando frondosos pinares y admiramos pueblos tan pintorescos como Segura de la Sierra y Orcera, yendo a desembocar en la Puerta de Segura. Continuaremos bordeando la Cordillera Subbética hasta Alcaraz. Allí nos embarcamos, proa al norte, hasta recalcar en la costa cantábrica.

Fotos del autor



En ese cráter de agua pura anidan ya los residuos inmundos de la civilización.